

Los motivos del lobo

I

El varón que tiene corazón de lis,
Alma de querube, lengua celestial,
El mínimo y dulce Francisco de Asís,
Está con un rudo y torvo animal,
Bestia temerosa, de sangre y de robo,
Las fauces de furia, los ojos de mal:
El lobo de Gubbia, el terrible lobo.
Rabioso ha asolado los alrededores,
Cruel, ha deshecho todos los rebaños;
Devoró corderos, devoró pastores,
Y son incontables sus muertes y daños.

Fuertes cazadores armados de hierros
Fueron destrozados. Los duros colmillos
Dieron cuenta de los más bravos perros,
Como de cabritos y de corderillos.

Francisco salió;
Al lobo buscó
En su madriguera.
Cerca de la cueva encontró a la fiera
Enorme, que al verle se lanzó feroz
Contra él. Francisco, con su dulce voz,
Alzando su mano,
Al lobo furioso dijo:—¡Paz, hermano
Lobo! El animal
Contempló al varón de tosco sayal;
Dejó su aire arisco,
Cerró las abiertas fauces agresivas,
Y dijo:—«Está bien, hermano Francisco!»
—«¡Cómo!—exclamó el santo.—¿Es ley que tú
De horror y de muerte? [vivas
¿La sangre que vierte
Tu hocico diabólico, el duelo y espanto
Que esparces, el llanto
De los campesinos, el grito, el dolor
De tanta criatura de Nuestro Señor,
No han de contener tu encono infernal?
¿Vienes del infierno?
¿Te ha infundido acaso su rencor eterno
Luzbel, o Belial?»
Y el gran lobo, humilde:—«¡Es duro el in-
[vierno,
Y es horrible el hambre! En el bosque helado
No hallé qué comer; y busqué el ganado
Y en veces comí ganado y pastor.
¿La sangre? Yo ví más de un cazador
Sobre su caballo, llevando el azor

Al puño; o correr tras el jabalí,
El oso, o el ciervo; y a más de uno ví
Mancharse de sangre, herir, torturar,
De las roncadas trompas al sordo clamor,
A los animales de Nuestro Señor.
Y no era por hambre que iban a cazar».
Francisco responde:—«En el hombre existe
Mala levadura.
Cuando nace viene con pecado. Es triste.
Mas el alma simple de la bestia es pura.
Tú vas a tener
Desde hoy qué comer.
Dejarás en paz
Rebaños y gente en este país.
¡Que Dios melifique tu ser montaraz!»
—«Está bien, hermano Francisco de Asís».
—«Ante el Señor que todo ata y desata,
En fe de promesa tiéndeme la pata».
El lobo tendió la pata al hermano
De Asís, que a su vez le alargó la mano.
Fueron a la aldea. La gente veía,
Y lo que miraba casi no creía.
Tras el religioso iba el lobo fiero,
Y, baja la testa, quieto le seguía
Como un can de casa, o como un cordero.

Francisco llamó la gente a la plaza
Y allí predicó.
Y dijo:—«He aquí una amable caza.
El hermano lobo se viene conmigo;
Me juró no ser ya vuestro enemigo,
Y no repetir su ataque sangriento.
Vosotros, en cambio, daréis su alimento
A la pobre bestia de Dios».—«¡Así sea!»
Contestó la gente toda de la aldea.
Y luego, en señal
De contentamiento
Movi6 testa y cola el buen animal,
Y entró con Francisco de Asís al convento.

II

Algún tiempo el lobo estuvo tranquilo
En el santo asilo.
Sus bastas orejas los salmos oían
Y los claros ojos se le humedecían.
Aprendió mil gracias y hacía mil juegos
Cuando a la cocina iba con los legos.
Y cuando Francisco su oración hacía,
El lobo las pobres sandalias lamía.